

Tolle, tolle crucifige Eun

Y todo un pueblo enloquecido, ebrio de Impiedad hacia el condenado inocente, por el solo delito de ser Hijo de Dios, gritaba a Pilatos cuando lo mostraba a su vista. «Quítanoslo de delante; crucificalo». Y sorteada la bondad y caridad del Hombre Redentor, con la denigrante conducta del malvado Barrabás, que debía ser por entonces condenado a muerte, para conmemorar la fiesta de Pascua según las costumbres de aquellos tiempos, fué Cristo encontrado falto, y entregado a las turbas para que cumplieran las Escrituras y fuese crucificado bárbaramente.

Villana y cobárdemente traicionaba Pilatos a la justicia y a su conciencia, entregando a Jesús a las turbas, como antes lo hiciera el traidor Judas vendiendo a su Maestro; pero no importa para El. Vedle humildemente en su poder, feliz en sus infortunios, resignado en sus atribulados momentos, prodigar favores y consuelos ya dirigiendo dulces palabras a las mujeres que por El lloran, ora libertando al ladrón que junto a El muriera implorando el perdón al expirar.

¡Sublimes momentos de misericordia patentizada!

¿Y cómo no, si había que rescatar la vida eterna de una humanidad perdida, legión de sus hermanos, y era voluntad de su Padre celestial rescatarla, siquiera la obra de nuestra Redención fuese sellada con la purísima e inocente sangre del Hijo de María? Grita pueblo bárbaro, grita hasta enronquecer, que en tu rencor furibundo, no llegas a penetrar ni caer en las iras de quien te mofas dirigiéndole: Si eres Hijo de Dios sálvate y desciende de la Cruz.

«Tolle, crucifige Eun» dice, y El responde «Padre mío, perdónalos».

Flageladas sus carnes; rasgadas sus vestiduras, surcado su divino rostro por las huellas del dolor, húmedos sus cabellos por el sudor de la penosa jornada, gana la

cumbre del Gólgota, suprema tribuna de sus predicaciones y enseñanzas de Hermano. Va a morir Cristo por el género humano; por redimirlo de la culpa cometida y del cautiverio que por ella merece por enseñarnos a amar los unos a los otros; por obedecer a su Eterno Padre; por abrir las puertas de su celestial morada a los hombres sus hermanos; en una palabra, va a morir Cristo por amor al hombre.

¿Para qué? No aprenderá la lección que le dieras, cuando extenuado de fuerzas y enmudecido por la sed, pedías agua para poder seguir rogando por tus verdugos momento más, y estos te ofrecieron en pago de tus bondades hiel y vinagre.

Ingratitud recogiste en tu camino y este patrimonio nunca dejará de ser del hombre, tanto del siglo I como del siglo XX.

Despavoridos corrían tus verdugos al ver con inequívocas señales, que El que había expirado, al que habían martirizado era Hijo de Dios; y el sol oscurecido, la tierra temblando, los sepulcros abiertos de los justos que esperaban para salir de allí, la visita del recién crucificado, eran para la turba confundida de espanto y de terror, verdaderos espectros que anunciaban la vida de ultratumba regida por la omnipotencia del que así les avisaba y advertía su crimen y pecado y se sobrecojían y temblaban de miedo y espanto ante su horrendo crimen. Todavía les quedó temor a los bravos de poco antes.

Hoy, hay más escribas y fariseos que antaño; y si Judas se ahorcó avergonzado de su traición no faltan émulos que hasta el valor de ahorcarse les faltaría. Así es como pagan la valiosísima sangre derramada por un Hombre y el dolor acervo que por culpa de ellos martirizó a una Madre en la tarde del Gólgota.

¡Crucifige! ¡Perdónalos!
Aprendamos de El